

que en figura, y no en realidad. Por eso Zuinglio, juntando la extravagancia á la blasfemia, lo ridículo al sacrilegio, se dijo autorizado por el Espíritu Santo para corregir las palabras del Señor en la consagración, y ordenó que el ministro consagrante, en vez de decir: «Este es mi cuerpo,» debía decir: «este es el signo de mi cuerpo.» *Hoc est signum corporis mei*, lo que ha hecho llamar á sus sectarios, *significativos*.

Pero hé aquí hasta seis argumentos que encontramos en la memorable relación de San Juan, que han pulverizado de antemano las blasfemias sacrilegas de la herejía y vengado la fe de la Iglesia.

El primer argumento es que en ese mismo capítulo de San Juan, si Jesucristo dijo: «El que come mi carne tiene derecho á la vida eterna y á la inmortal resurrección,» fué después de haber dicho: «La primera de las obras agradables á Dios es el creer en el que el Padre ha enviado: el que cree en mí, tiene la vida eterna.» Hé aquí, pues, el dogma de la Encarnación, claramente distinguido del de la Eucaristía: la necesidad de creer en su filiación divina, en su origen celestial, distinguida de la necesidad de comer su carne y de beber su sangre. Hé ahí dos preceptos diferentes impuestos al hombre: el precepto de creerle Verbo Encarnado, y el precepto de comer su carne en el Sacramento. Hé ahí al primero de esos preceptos establecidos como base del segundo, pero sin que sean identificados, sin que estén confundidos. No se puede, pues, sin violentarlas palabras del Señor, afirmar que comer la carne del Hijo de Dios no es más que creer en la Encarnación.

El segundo argumento es que, habiendo dicho el Señor: «Mi carne es un verdadero alimento, mi sangre una verdadera bebida,» indicó evidentemente una participación verdadera, sensible y real de su cuerpo, por la boca, de la misma manera que en otro tiempo se parti-

cipaba del maná, y de que se participa de toda especie de alimento. Es, pues, una impertinencia, que no tiene nombre, el decir que por ejemplos, tan claros, tan enérgicos y tantas veces repetidos, Jesucristo no se propuso hablar más que de una adhesión de fe á la verdad de su Encarnación, más que de una participación mística y espiritual de su cuerpo, la cual no debe cumplirse más que con el corazón.

El tercer argumento es que, hablando de ese misterio el Salvador dijo: «Nadie viene á mí sino en cuanto la gracia de mi Padre le trae á mis piés. Mis discípulos son aquellos que son enseñados de Dios: sólo sobre el testimonio que me da mi Padre, por su inspiración y por su enseñanza, se llega á mí.» Era decir que el misterio de la Eucaristía exige un don enteramente particular de fe de la parte de Dios para ser creído. Pues bien; jamás, ni en ninguna parte, Jesucristo había insistido con tanta fuerza en la necesidad de la gracia divina para sujetar el entendimiento al yugo de la fe. Pero si la Eucaristía no era más que un pan ordinario, bendecido, para figurar un pan celestial; si no se trataba en aquel Sacramento más que de una imagen, de un signo de la Encarnación del Verbo; si su carne no debía ser comida más que en espíritu y por el espíritu, no encontraría por parte de la razón ninguna dificultad, no exigiría el menor esfuerzo de la razón para ser admitida, no sería el grande misterio de la fe. ¿Por qué, pues, Jesucristo habría dicho que ese misterio presenta tantas y tan fuertes dificultades, que no pueden ser vencidas sino por la fuerza y eficacia de la gracia, y por el don del espíritu de obediencia, de humildad y de docilidad, propio de los discípulos y de los hijos de Dios? Porque es de notar que al fin de su discurso, y cuando los oyentes se habían manifestado incrédulos á la idea de la manducación de su carne, fué cuando Jesucristo terminó diciendo: «Ninguno

puede venir á mí, si no recibe el don de mi Padre celestial (1).» En la hipótesis imaginada por la herejía, esas expresiones tan fuertes del Divino Salvador sobre la necesidad de una fe extraordinaria, inmensa, que exige ese misterio no serían más que un contrasentido, un absurdo. Sólo, pues, en la creencia de la Iglesia, que reconoce en la Eucaristía el más grande de los misterios de Dios, el lenguaje de Jesucristo es sencillo, razonable, lógico, y al mismo tiempo está lleno de sentido, de verdad, de dignidad y de grandeza.

El cuarto argumento se apoya en que en el mismo capítulo Jesucristo habló *quince veces* de su cuerpo como un verdadero alimento, y en que las repeticiones de la Escritura en punto á una misma cosa, indican suficientemente que esa cosa debe entenderse en el sentido inmediato y natural de la letra, con exclusión absoluta de toda idea de parábola ó figura. Si expresiones tan claras, tan formales y tan frecuentemente reiteradas como las de que se sirvió el Señor con respecto á la Eucaristía, pudieran ser tomadas en sentido figurado, también podrían ser tomadas en el mismo sentido todas las demás expresiones de la Escritura, sea cual fuere su fuerza y su energía. Podría decirse, por ejemplo, que Jesucristo no es el Hijo de Dios más que en el sentido figurado, y que las tres Personas de la Santísima Trinidad no son tampoco más que una figura y una manera de personificar alegóricamente los atributos de Dios. De ese modo podrían negarse todos los dogmas del cristianismo, y eso es lo que desgraciadamente ha sucedido. Apenas Zuínglio y Calvino se atrevieron á interpretar en sentido figurado las sagradas palabras que encierran la revelación de la Eucaristía, en la misma Ginebra, Miguel Servet,

(1) Nemo potest venire ad me, nisi fuerit ei datum à Patre meo. (San Juan, VI, 69.)

interpretó en igual sentido los pasajes del Evangelio que tenían relación con el Dios *Trino y Uno*, negó el misterio de la Santísima Trinidad. En Berna, Gentil interpretó en el mismo sentido los brillantes testimonios relativos á la filiación divina del Cristo, y negó su divinidad. En nuestros días, los racionalistas alemanes, hijos naturales de Calvino, llevan hasta el último extremo la osadía de la blasfemia y de la mentira histórica, y nos repiten á cada instante que el Evangelio entero no tiene nada de históricamente verdadero: que los misterios y prodigios que encierra no son más que concepciones filosóficas, operaciones magnéticas que no tienen de real más que el exceso de la credulidad, que ha visto en él misterios y prodigios; y, en fin, que Jesucristo no es más que un personaje mitológico que jamás ha existido.

¡Oh filiación horrible!... ¡Oh fecundidad funesta de un solo error!... Se ha comenzado por negar la realidad del Sacramento del Señor, y se ha concluido por negar su divinidad, su humanidad, y hasta su existencia... Se ha comenzado por interpretar arbitrariamente un solo pasaje del Evangelio, y se ha concluido por interpretar de la misma manera todos los demás, por negar toda inspiración divina al Código sagrado... Se ha comenzado por no querer admitir otra regla de fe que las palabras de la Escritura, y se ha concluido por negar la Escritura misma, por negar toda la Religión. ¡Hé ahí lo que sabe hacer la razón humana entregada á sí misma, atrincherándose en sí misma, y no queriendo otro maestro que á sí misma!...

El quinto argumento nos parece puede ser presentado de este modo: Si Jesucristo hubiera hablado en un sentido puramente metafórico, ninguna dificultad habría en aceptar sus palabras: no habría parecido duro é intolerable su discurso: no hubiera habido motivo para preguntar: ¿cómo es posible que un hombre dé á comer su

carne? Los judíos no hubieran murmurado: *Murmurabant judæi*. Los fariseos no se habrían entregado á vivas discusiones: *Litigabant ad invicem*. Los filósofos no se habrían escandalizado con los discursos de nuestro Señor: *Hoc vos scandalizat?* Y, en fin, los discípulos no le hubieran abandonado: *Abierunt retrò*. ¿Por qué, pues, esa revelación encuentra tanta oposición por parte de aquellos á quienes fué hecha por primera vez, sino porque Jesucristo dijo literalmente que su carne debía llegar á ser un verdadero alimento del alma para proporcionarla la salvación eterna, y un verdadero alimento del cuerpo para darle la prenda de una resurrección inmortal? Se habría comprendido que exigía una manducación verdadera, real, efectiva de esa misma carne, y que era imposible dar á sus palabras una interpretación diferente. ¿No es, pues, el colmo de audacia, por parte de los herejes, el decirnos que debe entenderse en sentido figurado un discurso pronunciado hace diez y ocho siglos, y que los que le oyeron con sus propios oídos atestiguan, por su misma oposición y su cisma, haberles sido dirigido en el sentido propio y literal?

Pero no es extraño, replican las principales cabezas de la herejía, que aquellos discípulos, hombres ignorantes y groseros, tomasen al pié de la letra las palabras alegóricas del Salvador. Sea en buen hora; pero en ese caso, ¿Jesucristo no les hubiera hecho observar que se engañaban, y que no comprendían bien sus palabras? ¿No hubiera vuelto á repetir sus aserciones y las hubiera explicado de una manera más clara, por lo menos á sus discípulos? ¿No les hubiera advertido que no se trataba de una manducación real y sensible, sino únicamente mística y espiritual de su carne? En efecto, como observa Maldonat, siguiendo á los Padres, no puede concebirse, no puede admitirse, sin hacer una ofensa á la justicia, á la bondad, al celo del Hijo de Dios, que quisiese dejar en el

error y en el cisma á unos hombres que se habrían equivocado por demasiada sencillez; á unos hombres á cuyo error hubiera contribuido él mismo por la precisión y claridad de sus palabras; á unos hombres á quienes habría podido desengañar y retener en pos de sí con una sola palabra (1), como había hecho otras veces en ocasiones iguales. Seguramente se hubiera apresurado á reprenderlos en estos términos: «¡Siempre os halláis desprovistos de inteligencia y de sentido (2)! ¿No comprendéis que os hablo en parábola y en figura? Vuestras disputas son inútiles. Vuestras dificultades no tienen más apoyo que la interpretación torcida que dais á mis palabras. El único prodigio que importa reconocer es que he bajado del cielo, y que al mismo tiempo que soy Hijo de Dios, soy verdaderamente hombre, y de vuestra propia naturaleza. Comprendido así, mi discurso es de los más sencillos y de los más claros. Por las palabras *mi carne y mi sangre*, no he querido dar á entender más que la verdad de mi Encarnación. Comer mi carne, no es otra cosa que creer en la verdad de ese misterio y adherirse á él. No podéis creer en él sin uniros íntimamente á mí en espíritu y por medio de la fe. A esa manducación enteramente de espíritu, á esa unión toda de fe, he aludido al decir que es necesario comer mi carne. Pensar lo contrario, sería mostraros hombres desprovistos de sentido y de inteligencia. *Adhuc et vos sine intellectu estis?*»

Así es como hubiera debido de hablar, y como indudablemente habría hablado el Señor, si la aserción de los herejes fuese fundada. Pero lejos de haber dicho nada en ese sentido, insistió repetidas veces en la necesidad en que se encuentra el hombre de comer su carne, si

(1) Si non verè, sed spiritualitèr carnem suam ad manducandum se datum polliceretur, declarasset utique, cum sciret alitèr eos intellexisse possetque uno verbo; de magno eos errore liberare. (Maldonat., loc. cit.)

(2) Adhuc et vos sine intellectu estis? (San Mateo, xv, 16.)

quiere conseguir la vida eterna. No hizo la menor modificación en su lenguaje. Nada hay, pues, más cierto y más claro que el sentido y la intención del Divino Salvador. Al hablar de la manducación de su carne, quiso ser comprendido en el sentido propio y literal; y si sus oyentes se equivocaron en cuanto al modo de la manducación, no se engañaron de ninguna manera en cuanto al fondo del pensamiento acerca del sentido propio y literal de una manducación real. Y siendo así, ¿á qué viene á quedar reducida la interpretación enteramente contraria dada por la herejía?

Hay más, y este es el sexto argumento: lejos de haber disimulado, ó de haber querido variar el sentido de la presencia real de su cuerpo en la Eucaristía, el mismo Jesucristo puso en evidencia la más grande dificultad de ese misterio, dificultad que encierra otras muchas, á saber: ¿Cómo su carne, conservando su unidad y su identidad real, puede estar á un mismo tiempo en el cielo y en una infinidad de lugares sobre la tierra? Porque dijo á sus discípulos: «Os habéis escandalizado de haberme oído decir que debéis comer mi carne, y eso os parece imposible. Pero ¿cuánto más asombroso deberá pareceros este mismo prodigio cuando yo haya vuelto al cielo? *Hoc vos scandalizat! Si ergo videritis Filium hominis ascendentem ubi erat prius?*» Lo cual, según el sabio intérprete antes citado, apoyándose en los Padres, debe ser entendido como si Jesucristo les hubiera dicho: «¡Mi discurso os parece duro, y mi promesa imposible y absurda! y, sin embargo, no habéis percibido todas las dificultades que se les opondrán en el porvenir. El prodigio que os anuncio sería menos asombroso si permaneciese siempre aquí con vosotros. Mas bien pronto me veréis vosotros mismos dejar la tierra y volver al cielo en este mismo cuerpo de que me hallo revestido. Pues bien, ¿cuánto más difícil no será entonces, reteniendo esta carne en el cielo,

el poder darla á comer á los hombres en la tierra? Queriendo explicaros siempre por la razón lo que ésta no puede comprender, ¿cuánto más difícil de admitir encontraréis esta doctrina, cuanto veréis en ella un motivo más grande de escándalo (1)?»

Esa importante observación del Hijo de Dios es una confirmación palpable de la verdad del misterio, tal como le cree la Iglesia. Pero tanto como debía producirle una nueva dificultad haciendo su gloriosa ascensión más incomprendible ese misterio, contribuyó á hacer constar su realidad y á fortalecer nuestra fe. Porque Jesucristo, al revelarnos esa dificultad de su misterio, y advirtiéndonos que sería un obstáculo para que muchos creyesen en Él (2), confirmó de la manera más indudable que la Eucaristía contiene su carne y le contiene á él mismo todo entero, no en figura, sino realmente.

Por el contrario, en la teología de los herejes, que enseñan que el pan consagrado no contiene á Jesucristo más que en figura, esa dificultad no existe, lo repito, porque el hecho de que una persona se encuentre á un mismo tiempo en un lugar realmente y en otros muchos en efigie ó figura, no ofrece ninguna contradicción ni ninguna dificultad. Esa teología, pues, por lo mismo que parece más sencilla, más plausible y más conforme á la razón, es más manifiestamente errónea, y se halla más en oposición con el lenguaje del Hijo de Dios. Ha quitado, en efecto, al misterio eucarístico la más grande de las dificultades, y aun todas las dificultades que Jesucristo señaló en él, y nos obliga á reconocer. Mas la fe de

(1) *Hoc vos scandalizat! Si ergo videritis Filium hominis ascendentem ubi erat prius?...* Id est: quid facietis, cum videritis me in cælum ascendentem? Quamto magis scandalizabimini? Quamto minus credetis, ut videritis me in cælis vos esse in terris? (*Maldonat., loc. cit.*)

(2) *Prædixit fore qui propter suum in cælum reditum, minus crederent.* (*Maldonat., loc. cit.*)

la Iglesia, que admite y adora en la Eucaristía el prodigio de la unidad de la carne del Salvador, presente á un mismo tiempo en el cielo y en la tierra, de esa carne que permanece entera, intacta y siempre la misma aunque comida realmente por todos los cristianos que comulgan, esa fe es la única en perfecta armonía con las palabras del Salvador, la única que reproduce su sentido verdadero, la única fe legítima, verdadera y santa.

Observemos, sin embargo, que Nuestro Señor Jesucristo, al mismo tiempo que parecía aumentar y amplificar las dificultades inherentes al misterio de la Eucaristía, las allanó por el contrario, y disipó cuantas se oponían á la creencia en la presencia real. La principal razón, en efecto, por la que los herejes combaten ese dogma, es que habiendo subido al cielo Jesucristo, si su carne se encuentra allí en su realidad, no puede al mismo tiempo encontrarse realmente en otra parte. Pues bien, replica Maldonat: precisamente porque subió al cielo puede encontrarse al mismo tiempo en diferentes lugares de la tierra. Porque de que subió al cielo por su propia virtud se sigue evidentemente que es Dios. Luego si es Dios, es evidente también que puede colocar su cuerpo donde quiera que le plazca, sin apartarle del sitio en que se encuentra (1). En efecto, sobre ese argumento único de que Jesucristo era Hijo de Dios, se fundó San Pedro para admitir que la revelación del misterio eucarístico, por incomprensible que fuese, no era por eso menos verdadera, vivificadora y divina. *Verba vite æternæ habes. Tu es Filius Dei.* San Hilario de Poitiers ha dicho: «En cuanto se cree que Jesucristo es ver-

(1) Non credunt Christum verè nobis carnem suam dare ad manducandum eo quod in cælo est. Ego contra: propterea in Eucharistia esse potest, quia in cælo est. Ex eo enim quod in cælum ascendit propria auctoritate sequitur Deum esse, et si Deus est, sequitur corpus suum ubique velit ponere posse, sic ut ab eo loco in quo est minimè discebat. (*Maldonat., loc. cit.*)

daderamente Dios, ya no hay medio de dudar de su carne y de su sangre en la Eucaristía: y sólo los que niegan su Divinidad pueden negar su presencia en su sacramento (1).» En fin, ¿quiénes son los herejes que han negado la presencia real? En los tiempos antiguos, los *humanitarios* ó aquellos para quienes Jesucristo no era puramente más que un hombre; y en los tiempos modernos, ha sido particularmente Calvino, quien en el fondo de su corazón no creía en la Divinidad de Jesucristo (2). Creer pues en la presencia real, es creer que Jesucristo es Dios; y creer que Jesucristo es Dios, es apoyar sobre una base sólida la fe en la presencia real. Así es que al terminar la revelación de ese dogma con estas palabras: «Vosotros me veréis subir á los cielos,» el Divino Salvador puso el sello divino á ella, y dió la prueba más concluyente de su verdad. ¡Véase, pues, cómo todos los dogmas del cristianismo se armonizan en la fe de la Iglesia, y cuán hermosa es esa fe, cuán pura y cuán gloriosa para Jesucristo y para la Iglesia que ha fundado! ¡Felices los que conservan esa fe! ¡Desgraciados los que han llegado á perderla!

(1) De veritate carnis et sanguinis non est relictus ambiguendi locus. Contingat planè his verum non esse qui Christum verum esse Deum negant. (*Sanctus Hilarius in Matheum.*)

(2) En su correspondencia secreta con otro heresiarca, Pablo Sarpi, que se ha encontrado en la biblioteca de Venecia al principio de este siglo, Calvino confiesa, de varias maneras, que Jesucristo no era Dios; pero añade que aún no había llegado el tiempo de profesar públicamente semejante doctrina. Por eso hizo dar muerte á Servet, que no había querido aguardar á aquel tiempo, y que se había apresurado demasiado á negar la Divinidad de Jesucristo. En cuanto á Calvino, se contentó con insinuar en sus *Instituciones* esa negación sacrilega, procurando debilitar, cuantas veces se le presentaba la ocasión, todos los testimonios del Evangelio de los que resulta que Jesucristo es Dios; pero se guardó muy bien de combatir abiertamente ese dogma, porque hubiera sido ahogar la reforma en su cuna. Dejó esa tarea á los que debían sucederle en la enseñanza del protestantismo en mejores tiempos: esa herencia fué aceptada. Entre cien ministros calvinistas, no se entresacarán diez que hayan conservado ó que profesen la fe en la Divinidad de Jesucristo. Esa era la última palabra del protestantismo, y no se violenta mucho para pronunciarla.

## TERCERA PARTE.

La revelación y la promesa de la Eucaristía, cuya admirable historia acabamos de exponer, fueron presentadas de una misma manera á toda la concurrencia: las dificultades fueron las mismas para todos. Los Apóstoles no recibieron entonces acerca de ella mayores explicaciones que los demás discípulos y el pueblo. No comprendieron mejor que los demás el *cómo* de ese grande misterio. Ignoraron por medio de qué procedimiento Jesucristo daría un día su propia carne en alimento y su propia sangre por bebida, y llegaría á ser todo entero el alimento del hombre. No les cruzó siquiera por la mente la idea del velo misterioso de los accidentes del pan y del vino, bajo las cuales sabría ocultar ese don tan precioso, y dejar intactas al hombre la libertad y la confianza de tomar parte en él. Sin embargo, esa revelación, aunque la misma para todos, no fué acogida por todos de igual manera. Los discípulos lo hicieron el asunto de sus orgullosas discusiones, y los Apóstoles se sometieron á ella con docilidad. Para los discípulos era una piedra de escándalo; para los Apóstoles un motivo de edificación. Los discípulos tomaron pretexto de esa revelación inefable para rebelarse contra la autoridad del Divino Revelador y alejarse de Él como poco digno de su confianza; los Apóstoles no se dejaron contaminar de aquel mal espíritu, y tomaron, por el contrario, la resolución de agruparse más afectuosamente en derredor de la persona de su Divino Maestro. Cada vez era más y más para ellos el Dios que los iluminaba con la luz de la verdad. Todos, por el órgano de Pedro, y de común acuerdo, le dirigieron esta generosa y patética declaración: «No, nosotros no nos separaremos de Vos, que sois el único que tenéis las palabras de la vida eterna... Vos

sois el verdadero Hijo de Dios y el Salvador del mundo.» Así que, desde el primer instante en que fué revelado y prometido, el misterio de la Eucaristía fué una señal de contradicción para unos, y de fe y de amor para otros: fué para aquellos una ocasión de muerte y de ruina espiritual, y para estos un medio de resurrección y de vida. *Positus est in ruinam et resurrectionem multorum.*

Hé ahí, pues, en ese grande acontecimiento, cuyo recuerdo no debe borrarse jamás, representado de antemano el cuadro de la diferente suerte que el dogma y la fe de la Eucaristía encuentran entre los cristianos de nuestros días.

En efecto, es imposible el no reconocer en los murmullos con que los apóstatas de Cafarnaum recibieron aquella revelación, en las dificultades que la opusieron, en el escándalo que les produjo y en el funesto cisma de que con ese motivo dieron ejemplo, por no haber querido dar crédito á las palabras del Señor; es imposible, repito, el no reconocer la figura, la profecía de la oposición que los modernos herejes hacen á esa misma fe, de la rabia con que la combaten, de las blasfemias que vomitan contra ella, y de la obstinación que perpetúa su cisma para con la Iglesia, fiel heredera de esa creencia; es imposible, por el contrario, en la protesta que los Apóstoles hicieron entonces al Divino Salvador, de su fe y de su amor, y en la inalterable constancia de que dieron prueba; es imposible, vuelvo á decir, el no ver la historia fiel de la conducta de los católicos para con Jesucristo oculto en la Sagrada Eucaristía, y de ese culto que no ha cesado de formar su gloria y su felicidad.

La Eucaristía es también para ellos un profundo é impenetrable misterio; no conocen su *cómo* mejor que los demás, ni saben de qué manera el Santísimo cuerpo de Nuestro Señor se encuentra todo entero en los accidentes de pan, se distribuye sin ser dividido, y se come sin